

De la Integración a la Inclusión

Por: Isabel C. Fiallo Cross | Directora Escuela de Comunicación - UNIBE

Como directora de la Escuela de Comunicación, y sobre todo como maestra, he tenido experiencias muy interesantes que me han hecho reflexionar sobre las “etiquetas” en el aula, tan usadas por todos, tanto por los profesores como por los estudiantes.

Romper con una rutina de catalogar o separar a las personas en grupos, adjudicándoles denominaciones específicas, es una costumbre bastante común. Desde la educación primaria, nuestras primeras nociones de matemáticas tienen que ver con agrupar en conjuntos, nos enseñan el “pertenece” y “no pertenece”, el “igual” o “desigual”, el “mayor que” o el “menor que”. Es parte del proceso de desarrollar la lógica matemática, de distinguir la magnitud o dimensión de las cosas.

El reto está en cómo aplicamos esos conceptos cuando de relaciones humanas se trata, cuando las habilidades sociales de convivencia se ven afectadas por criterios socio-culturales que en ocasiones (para no generalizar) ponen de manifiesto la falta de comprensión, el temor o la ignorancia frente a realidades distintas a las que conocemos.

He tenido muchos alumnos, con temperamentos, gustos, sueños y aptitudes muy diferentes. Todos únicos. Al igual que profesores.

Independientemente de cómo estén las cosas en el mundo, un aula de clases debería ser un espacio donde las etiquetas no existan. Donde más que aceptar las diferencias (juntos, pero no revueltos, tú aquí y yo allá) se acoja a las personas. Un lugar donde todos (maestros y alumnos) hablemos de las soluciones para crear puentes y lograr objetivos; enfocarnos menos en las debilidades y centrarnos en las habilidades que tenemos para aprender mutuamente y desarrollarnos. Sin pretender cambiar a nadie y respetando que tú eres como eres y yo soy como soy. Que se encuentre más sentido en participar y progresar juntos, bajo la premisa de que tus capacidades y las mías, se enriquecen, y pueden alcanzar propósitos comunes.

En las aulas tratamos de “Integrar” –ok, sé que existes, estás ahí, te pongo a trabajar como a todos-. “Incluir” conlleva más que el simple reconocimiento de la persona. Cuando somos inclusivos vemos a la persona, al ser humano, y no a lo que lo diferencia de nosotros. Cuando somos inclusivos vemos sus habilidades y contribuimos a que estás las use para conseguir metas.

UNIBE está en la primera fase para ser realmente inclusiva, esto precisa del apoyo de todos (colaboradores administrativos y académicos, docentes y estudiantes). Las adecuaciones de la infraestructura han sido y siguen siendo parte de ese primer paso.

La institución trabaja en el proceso de adaptación curricular, para el cual se necesitan recursos y herramientas, que garanticen el logro de los objetivos académicos de todos los estudiantes en igualdad de condición. De ahí se derivan las conocidas acomodaciones académicas, esas estrategias que viabilizan que los estudiantes con necesidades educativas especiales alcancen un desarrollo satisfactorio en el camino hacia el aprendizaje.

Para que estas adaptaciones sucedan, la capacitación y actualización de los profesores, en materia de Inclusión son indispensables. Contar con la buena disposición para ello acerca el proyecto a la realidad. De igual forma la familia juega un papel primordial, como núcleo donde se fomentan los principios morales y refuerzan los códigos éticos de la sociedad.

La transformación del pensamiento hacia una cultura de Inclusión es el aspecto relevante en la evolución de este sistema. Para ello se necesita apertura y paciencia. El cambio de mentalidad requiere tiempo, y conlleva romper con los propios paradigmas. Esto no pone en riesgo los principios de cada persona, al contrario, los convierte en acción, los hace tangibles.